SANTA JUANA DE CHANTAL

VIUDA Y RELIGIOSA.

Juana de Chantal nació en Dijon el 23 de enero de 1572; era su padre Benigno Fremiot, presidente del parlamento de Borgoña, persona de un carácter antiguo y cuya integridad se ensalzaria si la magistratura francesa no se hubiese adquirido en todo el mundo un nombre escelso por su incorruptible probidad y por sus luces. No tenia mas que diez y ocho meses cuando perdió á su madre Margarita de Berbisy, mujer de elevada virtud y dedicada con una ternura piadosa é ilustrada á la educacion de sus hijos; porque Juana tuvo una hermana que se casó con el baron de Effran, y un hermano que murió siendo arzobispo de Bourges, despues de haber realzado con sus virtudes el brillo mismo de su dignidad.

El presidente Fremiot se mostraba adicto á la verdadera fe, é irreprensible en los deberes de su cargo; cuidaba él mismo con solicitud estrema de la educacion moral y religiosa de sus hijos y reemplazaba para con ellos á su madre. Su celo mereció la recompensa, y Juana especialmente correspondió de un modo constante y con maravilloso éxito. Agitaban enton-

ces á la Francia las contiendas y guerras originadas por el protestantismo; la controversia religiosa enseñoreaba los ánimos como en nuestros dias la política, se apoyaban tambien como ahora con frecuencia los argumentos de la lógica con la fuerza de las armas, y como hasta los niños y jóvenes se mezclaban en aquellas luchas, el presidente, con objeto de libertar á unas almas que le eran tan caras y no abandonarlas sin defensa á los ataques imprevistos de la herejía, instruyó á sus hijos sobre las cuestiones agitadas entre católicos y protestantes.

Juana escuchaba con mucha atencion en las conferencias de su padre sobre la religion, y lo demostró cierto dia en que el presidente hablaba con un calvinista. « Señor, dijo la tierna niña, no creeis que Jesucristo esté en el santo sacramento, pero no obstante él ha dicho que estaba: ¿creeis acaso que no ha dicho verdad? » Sorprendido el estranjero de esta salida, le respondió lo que juzgó mas propio para una argumentadora de cinco años, y le ofreció algunos de esos regalos que tanto anhelan y fascinan á la niñez. « Mirad, dijo á su adversario la tierna Juana lanzando al fuego los juguetes; mirad cómo arderán los herejes en el infierno porque no creen lo que ha dicho nuestro Señor. »

No era menos firme la virtud que la fe de Juana, que unió este nombre al de Francisca cuando recibió el sacramento de la confirmacion. Habiendo acompañado á Poitou á su hermana mayor que acababa de casarse con el baron de Effran, fué confiada á una mujer intrigante y corrompida, que trató de comunicarle su aficion á los goces mundanos y de inclinar su corazon novel á las diversiones y placeres: una turbacion saludable advirtió á la jóven que se estraviaba; en otro tiempo un simple cambio de ocupacion, el menor juego, una lectura ó un paseo bastaban para llenar de encanto sus dias inocentes é inundar de alegría su alma serena y pacífica; pero advirtió que estas cosas le eran insípidas y no correspondian á la vaga inquietud que le escitaban las pasiones mas vivas. Su recto sentido le mostró abismos ocultos bajo este principio de fastidio, y los evitó su voluntad sostenida por Dios; alejó de su lado á la que le tendia las redes, y volvió á los placeres que tanto halagaban su corazon inocente y puro.

La baronesa de Effran trató de casar á su hermana, puso los ojos en un noble del Poitou que tenia cualidades amables y riqueza, y esperimentó

un gran placer en darle el nombre de cuñado. Engañada Juana Francisca por el disimulo con que la trataban, no se defendió en un principio; pero habiendo sabido que el jóven con quien se la queria unir era calvinista, rechazó de un modo inflexible la proyectada alianza. Su padre, que en aquel momento se ocupaba de ella, la hizo regresar á Dijon para casarla con el baron de Chantal, el primogénito de la casa de Rabutin, descendiente por su madre de la familia de san Bernardo y apreciado entonces por su valor, su honradez, su rectitud y su religion.

Despues de las nupcias partió al castillo de Bourbilly donde vivia Mr. de Chantal; ausente el baron por lo regular y ocupado en la guerra, jóven y de una elevada cuna, no podia cuidar de sus negocios ni practicar la virtud que se llama economía. El castillo era víctima de muchos abusos, y Juana Francisca trató de estirparlos; eligió los criados, los vigiló y se esmeró en instruirlos sobre la religion y sus deberes. ¡Qué armonía reinaba en aquella mansion dirigida por su mano inteligente! la religion era el centro y norma que lo dirigia y suavizaba todo; rezábanse las oraciones por la mañana y por la tarde, entre la baronesa y sus criados; todos oian la misa que se decia muy temprano, y despues se iban al trabajo, que se repartia de modo que evitase la ociosidad sin exigir mas de lo que era posible á las fuerzas humanas. Todos encontraban en la noble dama un espíritu de órden y un corazon de madre, y ella los cuidaba y consolaba con bondad en sus enfermedades y trabajos.

Cuando el servicio militar llamaba al baron fuera del castillo, la señora de Chantal vivia muy retirada, sin recibir mas visitas que las indispensables: sus dias trascurrian en el trabajo, la lectura y la oracion; su conducta anunciaba juicio y madurez, y se decia que no tenia de jóven mas que el rostro; no buscaba jamás las diversiones, y como continuamente estaba ocupada, no le parecia largo el tiempo, ni la perseguia el fastidio; eran los pobres objeto predilecto de su ternura, y sentia mas placer en hacerles limosna que ellos en recibirla; finalmente, llena de indulgencia para los yerros de flaqueza, era severa cuando se necesitaba serlo y siempre buena. Tal es el verdadero retrato de la baronesa en medio de sus inferiores.

Luego que su esposo regresaba al castillo, trataba de complacerle pro-

porcionándole buenas y agradables compañías; hasta abreviaba por él sus ejercicios de devocion y se prestaba á sus gustos con una bondad inagotable y con esa condescendencia á que la religion inclina naturalmente las almas. No obstante, sabia contenerse á tiempo, y presentar si era preciso algunas prudentes observaciones. El señor de Chantal tenia un carácter irascible, que exacerbó considerablemente una larga enfermedad, de modo que su natural impaciencia se trocó respecto á los criados en prontitud y violencia. Un dia le reprendió Juana Francisca, pero con tanta dulzura y moderacion, que le respondió : « Es cierto; tengo el genio demasiado pronto, pero vos sois demasiado buena y no sabeis haceros obedecer. »

Nunca, empero, se turbó la paz, pues la ternura de la baronesa aplicaba eficaz remedio á lo que aquella no prevenia, de modo que recogia en respeto y amor el precio de sus sacrificios, y todo parecia conspirar á su dicha. El cielo le envió un hijo y tres hijas que halagaron con su alegría y sus caricias la tranquilidad que se habia formado.

Esta imágen de felicidad desapareció repentinamente y de un modo trágico. El baron no se habia restablecido aun enteramente de su enfermedad; la quedaba una vaga tristeza, y le era imposible arrojar de su mente el presentimiento de una muerte próxima. Hasta contó un dia que se habia visto en sueños con un traje manchado de sangre y que esta vision le inquietaba.

— Si tuviera que creer en los sueños, respondió la señora de Chantal, no hay duda que debiera aterrarme con uno que he tenido, pero lo atribuyo al temor que me inspira el perderos. Me he visto á mí propia cubierta con un vestido de luto como una viuda, y me ha hecho tal impresion, que me asombro de que no ocupe mas tiempo mis meditaciones. Por lo demás, continuó, creia que solo las mujeres hacíamos caso de los sueños, y que los hombres no sucumbian ante una debilidad semejante.

Un pariente y amigo del baron fué á visitarle pocos dias despues y le propuso una partida de caza. El señor de Chantal accedió por condescendencia porque no era aficionado á este ejercicio, y se puso un traje de color leonado, el cual fué la causa del mas terrible suceso; hallábase oculto entre el ramaje, cuando su amigo por una equivocacion disparó contra él y le

hirió de muerte. A los gritos de la víctima el desgraciado amigo acudió rápidamente, manifestando una violenta desesperacion.

— Primo, le dijo el baron, lo has hecho sin querer; te has equivocado y te perdono con todo mi corazon.

Y envió á buscar un sacerdote y á prevenir á la señora de Chantal.

— Señora, le dijo al verla, la voluntad de Dios es justa; es preciso someterse á ella y morir.

— ¡No... no! esclamó la esposa desconsolada, es preciso pensar en curaros; y ahogaba sus lágrimas y sollozos.

Pero ningun dolor escedia en violencia al del infortunado pariente, causa inocente de tan inmenso desastre, que se arrojó á los piés de la baronesa pidiéndola perdon.

— Señora, dijo el herido, debeis perdonarle; Dios os lo manda y yo os lo suplico, pues le perdono con todo mi corazon. El golpe viene de mas alto que del brazo de un mortal.

Despues de haber hablado el baron con un sacerdote, se hizo conducir al castillo: vivió algunos dias, recibió los sacramentos con gran devocion y dió las mas espresivas demostraciones de una completa resignacion á la voluntad de Dios. Él mismo consoló á su amigo, mandó apuntar en los libros de la parroquia el acta del perdon que le concedia y el mandato que daba á su familia de no conservar ningun resentimiento por su muerte, y murió á los treinta y cinco años de edad dejando una viuda de veinte y ocho y cuatro niños de pocos años (1601).

Tan inmensa desgracia destrozó dolorosamente el corazon de la señora de Chantal, pero fueron admirables su constancia y su resignacion, y ella misma se pasmaba de poder sufrir tanto sin sucumbir. La santa baronesa buscaba en la religion y en el cielo una fuerza y un apoyo que no dan nunca las distracciones del mundo y las cosas terrestres; se ofrecia á Dios como una víctima dispuesta á sufrirlo todo por él, haciendo el sacrificio de sí misma y aceptando de antemano todos los males que debian abrumar su existencia; y no solamente perdonó, como habia deseado su esposo, sino que para no dejar duda alguna sobre sus sentimientos, prestó servicios en diversas ocasiones al involuntario autor de su viudez, y quiso apadrinar á uno de sus hijos en las fuentes del bautismo. Esta caridad hácia Dios y

hácia los hombres no impedia que su corazon estuviese destrozado, pero vertia en sus heridas un bálsamo suave y celestial. Su vida era aun mas retirada y piadosa que antes, pasaba en oracion la mayor parte de las noches, hacia abundantes limosnas, se quitó los trajes preciosos para llevar tan solo vestidos de lana; sus ayunos fueron mas frecuentes y rigurosos, y pasaba el dia en los ejercicios de la religion, el trabajo y el cuidado de sus hijos : la misma santa nos describe la situacion de su alma en esta época : « Cuando plugo á la divina Providencia romper los lazos que me unian á mi esposo, me envió al mismo tiempo muchas luces sobre la nada de esta vida y vehementes deseos de consagrarme enteramente á Dios... Además de la terrible afliccion que sufria por mi viudez, quiso Dios permitir que agitaran mi alma tantas y tan violentas tentaciones, que si su bondad no hubiera tenido compasion de mí, hubiese perecido indudablemente en el furor de esta tempestad, que no me daba ninguna tregua, y que me marchitó de tal suerte que casi estaba desconocida. Nuestro Señor aumentó en medio de estos trabajos el deseo de servirle : los atractivos que me impelian á Dios eran tan impetuosos, que hubiera deseado abandonarlo todo é irme á un desierto para servirle mas completamente y con mayor perfeccion, lejos de los obstáculos esteriores; y creo que si los lazos de mis cuatro tiernos hijos no me hubieran contenido por obligacion de conciencia, hubiese huido á la Tierra Santa para acabar el resto de mis dias en los lugares consagrados por la presencia y sangre de mi Salvador, que murió por mí. Sentia inesplicables afanes de saber la voluntad de Dios y observarla, hasta donde pudiera llegar; me parecia que este anhelo era tan intenso que me consumia y devoraba interiormente, y mi corazon investigaba y suplicaba incesantemente, con cierto clamor tierno y de un modo que no puedo esplicar, que se manifestase en mí la voluntad de Dios. »

Pasado el primer año de luto, Francisca Chantal partió á Dijon por mandato de su padre, el cual quedó aterrado al ver el estrago que habia hecho en ella el dolor, y trató de proporcionarle algunas distracciones; pero la viuda no quiso separarse de su vida austera ni recibir mas visita que las de un reducido número de señoras virtuosas y de avanzada edad. Al siguiente año los negocios y cuidado de sus hijos la obligaron á retirarse con ellos al lado de su suegro en Monthelon, donde padeció muchísimo,

pues el anciano tenia un genio variable y sus setenta y cinco años le entregaban sin defensa á los caprichos de un ama imperiosa y voluble. La noble viuda mostró una admirable paciencia en medio de las contradicciones que encontró en aquella casa de desórden; jamás se le oyó una queja, ni se le vieron en el rostro ó en el ademan señales de descontento; se prestó siempre con inesplicable dulzura á las exigencias mas importunas y á veces mas humillantes, pero consagraba la mayor parte del dia á ejercicios de devocion, no aspirando mas que á conocer y hacer la voluntad de Dios.

La Providencia le envió por fin el hombre que debia ser su intérprete. Francisco de Sales, obispo de Ginebra, famoso por su elocuencia y sus virtudes, estaba encargado de predicar en Dijon durante la cuaresma de 1604; la piadosa viuda deseó oir á este gran siervo de Dios : dejáronla singularmente sorprendida sus palabras, y lo que la sorprendió mas aun era que al verle por primera vez creyó no obstante reconocerle. Efectivamente, cierto dia en que imploraba en su ardiente oracion la inspiracion celeste y examinaba con sinceridad su vocacion, le pareció ver en espíritu un hombre de afable rostro, en tanto que una voz interior le advertia que él debia ser el que debia ser el director de su conciencia; y reconocia que Francisco de Sales era el hombre de su vision celestial. Vióle muchas veces en casa de su padre, y le consultó lo que debia hacer para el bien de su alma : las palabras del santo obispo eran para su espíritu una maravillosa luz y para su corazon una paz que nunca habia sentido tan completamente; y además nunca habian sido creadas dos almas humanas para hallarse y responderse con sentimientos de ángeles como la piadosa viuda y el santo obispo.

Francisco de Sales dió una regla de vida á la señora de Chantal enseñándola á ordenar tan bien sus ejercicios de devocion, que nunca la distrajeran las ocupaciones esteriores ni se hiciese odiosa de los que la rodeaban. Siguió sus sabios consejos la noble señora, y se granjeó la aprobacion general. « La baronesa, decian, reza á todas las horas del dia, y nunca pierde á Dios de vista, pero no incomoda á nadie. » Estas palabras eran una alabanza de la direccion de Francisco de Sales, y ningun director ha merecido con mas justicia semejantes elogios; su devocion no tenia ningun carácter triste ni forzado; sus acciones estaban impregnadas de una dulzura